



JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO *

**“Para eso he venido al mundo:
para dar testimonio de la verdad”**

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Daniel 7,13-14; Apocalipsis 1,5-8; Juan 18,33-37

La secuencia de los domingos del año litúrgico se cierra con la fiesta de “Jesucristo Rey del Universo”, instaurada por el papa Pio XI en 1925 para conmemorar el decimosexto centenario del Concilio de Nicea, en el que se definió la divinidad de Jesucristo. Temo que la formulación “Rey del universo” y las imágenes de “realeza” que suscita, no correspondan bien a nuestra sensibilidad actual, ni a nuestra manera de reconocer y hablar de Jesús de Nazaret.

Es verdad que en el Primer Testamento se reconoce a Dios, entre otros títulos, como “nuestro rey”, encontramos la expresión “Dios reina” porque salva y libera, y lo hace como expresión del amor por su pueblo. Es verdad también que en el Nuevo Testamento Jesús hace del Reino de Dios el centro de su mensaje, pero no se presenta a sí mismo como “rey”. Más bien, en una ocasión, después de haber compartido el pan con una multitud, la gente quiso proclamarle rey, pero él “huyó de nuevo al monte él solo” (Jn.6,15). Sólo en el contexto de la pasión, otros le acusan de pretenderse rey (Lc.23,2) y él mismo responde con precisiones, en diálogo como reo ante Pilato: “Mi Reino no es de este mundo...Sí, soy rey...para dar testimonio de la verdad” (Jn.18,33-37). La lectura de Juan nos aclarará el sentido de su realeza.

Propongo un acercamiento a los textos bíblicos, esta vez en el orden en que son leídos en la liturgia. Nos ayudarán a entender mejor el sentido de lo que se quiere celebrar. En el libro de Daniel se dice que tuvo una gran “visión nocturna” (7,2.13), en la que después de haber visto “cuatro bestias gigantescas”, que serán interpretadas como cuatro reyes destructores y blasfemos (7,13.17), vio luego el trono de Dios, quien es presentado como “un anciano”. La visión concluye: “vi venir sobre las nubes del cielo alguien como un hijo de hombre, que se dirigió hacia el anciano... Le dieron poder, honor y reino... Su poder es eterno... y su reino no será destruido”. La visión y su interpretación

* Ciclo A

(7,15-28) orientan hacia una teología de la historia: una interpretación del sentido último de la historia humana, que sometida por momentos a poderes totalitarios destructores, no es abandonada a su total ruina. Dios vela desde su trono y encamina a su pueblo, “el pueblo de los santos del Altísimo” (7,18.27), hacia “un reino eterno”. Llama la atención que en el mismo capítulo la figura del “hijo del hombre” (v. 13) sea interpretada de manera más colectiva o comunitaria como “el pueblo de los santos del Altísimo” (v.18 y 27).

La lectura del Apocalipsis, -último libro de nuestra Biblia-, que significa “Revelación de Jesucristo” (Ap.1,1), otorga a Jesucristo lo que se atribuía al Hijo del hombre: “la gloria y el poder por los siglos de los siglos” con una ligera alusión al libro de Daniel: “Miren, viene acompañado de nubes”. Lo nuevo radica en que la “gloria” y el “poder” aparecen íntimamente ligados a su condición de “primogénito de entre los muertos,... nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para su Dios” (Ap, 1,5-6.). Dicho de otro modo, su “realeza” la vive y desempeña íntimamente ligado a la humanidad redimida: la comunidad de quienes lo reconocen y creen en él o, mejor, toda la comunidad humana amada y lavada con su sangre. El título “Rey del universo” reclama ser interpretado no desde lo que significan las realezas (y poderes de este mundo), como superioridad y dominio por encima de sus súbditos, sino desde el amor y la entrega con que Jesús históricamente vivió y dio su vida como servicio por la liberación de todos. Reinado “universal”, compartido con quienes, redimidos, participan de su servicio liberador para una humanidad justa y fraterna.

La lectura del evangelio nos ofrece la clave de interpretación del sentido de este “título” que modernamente se añade a los que le otorga la cristología clásica del Nuevo Testamento: Cristo, Señor, Hijo de Dios, Justo, Siervo. Los relatos de la pasión en los evangelios sinópticos mencionan la autodenominación de Jesús ante el Sanedrín como “Hijo del Hombre” con una referencia clara al texto de Daniel: “Verán al Hijo del hombre, sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo” (Mc,14,62). El Sumo Sacerdote lo interpreta como clara blasfemia que merece la muerte. Llevado ante el tribunal de Pilato, el gobernador romano, la acusación se transformará en otra de corte más político: “rey de los judíos”.

A la pregunta de Pilato, recogiendo la denuncia presentada por los del Sanedrín: “¿Eres tú el Rey de los judíos?”, Jesús responde con un tibio “Sí, tú lo dices”. Él no se propone como rey, son otros los que lo acusan con esa denominación. Pilato parece entenderlo correctamente y les dice: “Ningún delito encuentro en este hombre” (Lc, 23,3-4). El evangelio de Juan, que se lee en la liturgia del día (Jn. 18,33-37), es el que ofrece, en la forma de un diálogo entre Jesús y Pilato, algunas pistas para interpretar esta peculiar realeza de Jesucristo.

Ante la pregunta: “¿Eres tú el Rey de los judíos?”, Jesús afirma con una negación la “realeza” que él asume: “Mi reino no es de este mundo”, en el que se imponen con violencia y defienden dignidades e imperios. Apurado por la repregunta de Pilato: “¿Luego tú eres rey?”, precisa mejor su respuesta con una doble afirmación: “Si, soy rey”

-sin mencionar lo “de los judíos”-, y “para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad”. Extraña forma de entender la “verdad” de la realeza. El “testimonio” lo había dado y explicado a lo largo de su vida: no imponer un dominio que somete y oprime, deshumaniza y mata, sino dar su vida por la liberación y salvación de todos; además Jesús no había definido nunca su misión en términos de realeza, sino de servicio humilde, como lo recuerdan sus palabras a los discípulos en Mc, 10, 42-45 y su gesto, al final de su vida, lavando los pies a sus discípulos (Jn. 13,3-17).

Podríamos decir que la fiesta denominada “Jesucristo Rey”, en realidad no corresponde mucho al testimonio del Jesús de Nazaret. Es más una denominación moderna que se refiere al Cristo resucitado y glorificado, a quien la comunidad del Nuevo Testamento reconoce y confiesa como “Señor”. Colocada al final del año litúrgico, viene a decirnos que la vida tan humana de Jesús, que hemos ido recordando en los domingos del año, es reconocida y coronada por el Padre como prototipo de la nueva humanidad que Dios quiere y nos propone. Pero se expresaría mejor con los títulos bíblicos de Hijo del hombre, Hijo de Dios, Señor y Cristo.

Nosotros hoy somos llamados a ser “discípulos y misioneros”, como nos recuerdan reiteradamente los diversos documentos de la Asamblea Eclesial de América Latina y del Caribe, y posteriormente los del Sínodo, es decir, seguidores del Jesús servidor, que da su vida por una liberación integral. El desafío mayor –“la verdad” (Jn,18, 27)- consiste en la escucha atenta del grito, a la vez desesperado y esperanzado, de los pueblos y de los pobres, así como del clamor de la naturaleza maltratada; en descubrir y concretar los pasos que el seguimiento de Jesús nos impone para ser una Iglesia “pobre, misionera y pascual” (Medellín, Juventud 15), “en salida”, samaritana y liberadora. Significará llegar a decisiones audaces para la vida institucional, pero también para las actitudes cotidianas de cada persona y de cada comunidad cristiana. Acogiendo y haciendo presente el Reino de Dios como buena noticia a los pobres es la única manera de dar sentido a lo que esta fiesta trata de celebrar. Sigamos en vigilancia atenta y en conversión audaz y en oración los caminos que el Sínodo ha dejado abiertos.

Concluye así el año litúrgico y nos encaminamos hacia el tiempo de Navidad, que se prepara con el Adviento, a partir del próximo domingo. Comienza el Ciclo C de lecturas que serán tomadas preferentemente del evangelio según san Lucas.